ciones, los sueños torpes y todos los pensamientos contra la pureza; porque cuando se descubre la llaga al médico, prontamente se cura. Que se guardasen de abrazar y besar á los niños, aunque fuesen parientes, y aun de hacer fiestas á los animales, aconsejando esto particularmente á algunos señores ingleses, que fueron á despedirse de él para volverse á su patria. No le agradaba que los niños jugasen con las hermanas de su edad. Así pues, un jóven penitente del P. Angel Velli que acostumbraba á hacer esto, y que no hizo caso de la advertencia de su confesor, escandalizándose de ella, fué á verse con el santo Padre, como le mandó aquel. Luego que le vió Felipe le preguntó qué estudiaba en la actualidad; y contestándole el jóven que *lógica*, tomó el Santo argumento de su respuesta para convencerle, diciéndole « que el demonio, como lógico consumado, dá reglas para hacer abstracciones, y para decir : *mujer, y no hermana* »; con cuyas palabras quedó convencido el jóven. Finalmente en las tentaciones de impureza aconsejaba que se recurriese al punto á Dios con jaculatorias, como *Deus in adjutorium*

meum intende: Cor mundum crea in me Deus; y contra las tentaciones nocturnas recomendaba que antes de echarse en la cama, se recitase el himno *Te lucis ante terminum;* y sobre todo decia, que en la guerra contra la lujuria vencian siempre los mas cobardes, por ser los que mas huyen.

CAPÍTULO XX.

De la admirable abstinencia y otras mortificaciones con que afligia Felipe su cuerpo.

Quien hubiese visto á Felipe continuamente con la *Vida de santa María Egipciaca* en la mano y leyéndola á todas horas, acaso hubiera creido que habiéndola imitado primero en las culpas, deseaba despues imitarla en la penitencia. Pero él, siempre inocente, la tomó por modelo de austeridad y penitencia. Serviase de esta, no como medicina de los males contraidos, sino como antídoto y preservativo de los que podia temer. Ya desde el principio hemos referido la maravillosa abstinencia con que afligió su cuerpo en los primeros diez años

que vivió en Roma en casa de Galeoto Caccia, en donde á mas del ayuno por tres dias enteros, no se alimentaba con otra cosa que pan y aceitunas, ó con alguna yerba. Tambien hemos referido las disciplinas continuas con que castigaba todos los dias su inocente carne, las largas vigilias que no concedian otro descanso á su cuerpo que el breve sueño de unas cinco horas y las mas de las veces sobre el duro suelo, y finalmente la vida que observó por diez años en las catacumbas de S. Sebastian. Considerando todo esto el P. Francisco Cardon de Camerino del órden de Predicadores y maestro de novicios en el convento de la Minerva, lo proponia á los que estaban á su cargo como ejemplar de penitencia, afirmando que era un gran Santo, y que entre las demás cosas admirables habia observado por diez años una vida penitente, sepultado, por decirlo así, en las grutas de S. Sebastian, en donde no comia otra cosa que pan y raices de yerba, á imitacion de los anacoretas mas austeros de la Tebáida.

Luego que salió de aquellas grutas para hacer guerra al infierno, no dejó de seguir en

la penitencia que habia emprendido; pues siendo sacérdote pasaba toda la mañana en ayunas, ó tomaba á lo mas un poco de pan mojado en vino, que solia comer mientras se paseaba. Mas no por esto era mayor su cena, que consistia en una ensalada cruda ó en un huevo y cuando mas dos; y añade Domingo Milliacci, que generalmente se hacia él mismo, ó encargaba á otros que le hiciesen una torta de harina en la que echaban á veces dos huevos. No solia tomar otro pan que el que le habia sobrado de la mañana, y con él acompañaba alguna fruta del tiempo. Pero lo mas admirable era que con ser tan parca su cena, procuraba siempre que le sobrase algo, lo que solia guardar en una cestita, sirviéndose de ello para mortificar á sus penitentes dándoselo á comer, si no se lo quitaban ellos antes para distribuirlos entre otros por devocion. De lacticinios, ó cosa compuesta con ellos, y de pescado casi nunca se alimentaba, y mucho menos de carne, por lo que con razon afirmó Cesar Baronio en un sermon que el Santo ayunaba todos los dias. El obispo Tullense no titubeó en asegurar que en el Santo se renovaron las

abstinencias del Bautista anacoreta, diciendo: *Renovavit superiori sæculo Deus hoc miraculum in B. Philippo, qui fere ut alter Joannes neque manducans, neque bibens.* Disculpaba su abstinencia con bien forjados pretestos, diciendo que comia poco para no engordar como un mercader amigo suyo, llamado Francisco Scarlatti.

Habiendo pasado á habitar con sus hijos en la Vallicella no bajaba al refectorio general, sino que solia comer en su cuarto sin mas aparato que una servilleta sobre una mesita, y sin que nadie le sirviese, y hacia esto solo para ocultar su rigurosa abstinencia y para no singularizarse. Algunas ocasiones sin embargo con fin mas alto se decidia á comer con los demás sirviéndose de la mesa para ganar las almas, y familiarizarse con ellas á fin de poder conducirlas mejor por el camino de la salvacion. Cuando por estar enfermo le obligaban los médicos á tomar algun alimento de mas sustancia, con dificultad accedia á ello, quejándose de que le aumentaban el mal con el peso de aquellos alimentos estraños. A veces se olvidaba de comer, como él mismo decia

con candidez á quien le preguntaba por qué no habia comido. En los últimos años de su vida, cuando despues de comulgar le instaban los suyos á que tomára alimento, el santo anciano solia contestar: «Ya lo he hecho»; y tenia razon, porque aquel sustento de vida alimentaba no solo su alma, sino su cuerpo. Así es que los médicos decian que era imposible se sustentase con alimento tan escaso; juzgando por lo tanto que se mantuviese por virtud del manjar Eucarístico que recibia todos los dias. No fué menos moderado en la bebida, pues tomaba solo la que cabia en un frasquito de una copa. Muchas veces bebia agua pura, y si añadia alguna parte de vino, era tan corta que apenas bastaba para darle sabor, como que antes le habia tenido por dos ó tres dias en un frasco destapado y evaporizándose. Servíase para la bebida de una copa de vidrio sin pié que valia unos dos cuartos, pero que sin embargo su mano hizo digna de un precioso relicario de plata en la real ciudad de Cracovia, y de que la lleváran procesionalmente con solemne pompa en la fiesta de su canonizacion por trofeo de su rigurosa abstinencia.

Su sueño no habia de pasar de cuatro ó cinco horas á lo sumo, y generalmente no se recogia hasta despues de media noche, siendo el último á meterse en la cama y el primero á levantarse. El resto de la noche lo empleaba en santas oraciones y en otros ejercicios espirituales. En su cuarto y en el lecho se observaba la sencillez cristiana, no diferenciándose sin embargo de lo que usan generalmente los presbíteros seculares de buena vida. Lo mismo se advertia en su vestido, porque deseaba evitar toda singularidad y ostentacion; por lo que generalmente gastaba un vestido de tela de Gubbio, y el manteo de estameña de Bergamo, calzado tosco y ancho, y lo mismo el alzacuello. Fué amante de la decencia esterior, señal de su interior limpieza, y solia decir con S. Bernardo: *Paupertas mihi semper placuit, sordes vero numquam.*

Pero ni aun en sus últimos años abandonó su riguroso método de vida; antes bien parecia que con la edad aumentaba la abstinencia y el rigor con que castigaba su cuerpo, estenuado ya de fatiga. Y si acaso alguno le hacia presente su edad delicada, ó mudaba de conversacion ó contestaba al punto: «El cielo no se ha hecho para poltrones». Así, pues, habiendo observado Marcelo Ferro su disciplina de hierro, le advirtió del daño que podia causar á su salud, como lo manifiesta con estas palabras: «Yo le advertia que era demasiado cruel, y él mudaba de conversacion». Así tambien cuando le invitaban á que se recrease, para no descubrir su mortificacion solia contestar: «Otra vez, otra vez tendrémos tiempo de eso». Sin embargo, aunque fué tan riguroso consigo mismo, con los demás era indulgente, y no queria que le imitasen en esto; y así es que aconsejaba que se comiese mas bien algo mas que de menos, «porque, decia, es mas fácil quitar aquella demasía que rehacerse de la debilidad causada por la abstinencia». Añadia que muchas veces el demonio induce á los buenos á que mortifiquen escesivamente su cuerpo, y mas de lo que pueden resistir sus fuerzas, para que debilitándose no puedan emplearse en obras mas sublimes, ó bien abandonen atemorizados la buena vida comenzada. Por esto el prudentísimo anciano apreciaba mucho mas al que sabia castigar su

cuerpo con moderacion, poniendo el estudio principal en mortificar el entendimiento y la voluntad, que á los que macerando su cuerpo no atendian á refrenar los movimientos del ánimo. Queria además que los de su Congregacion no buscasen alimentos particulares, sino por una necesidad evidente, y que jamás dijesen *quiero esto, ó esto no me agrada*, sino que comiesen de todo. Le desagradaba mucho que se comiese fuera de hora; por lo que á uno que incurria á menudo en este defecto le dijo que jamás tendria espíritu, si no se enmendaba; y finalmente á todos advertia que no gustasen cosa alguna antes que los demás, y hasta que se sentáran á la mesa y se echára la bendicion.

CAPÍTULO XXI.

De las prolongadas y eficaces oraciones de Felipe, y comunicaciones y celestiales favores que en ellas recibia de Dios.

Cuanto menos sustento daba Felipe á su cuerpo, tanto mas alimentaba su alma con los

manjares celestiales. Era tan constante en la oracion que la tomaba como alimento, no solo todos los dias, sino á todas horas, siguiendo al pié de la letra el consejo del Apóstol: *Sine intermissione orate.* Despreciando su entendimiento cuanto hay de bello sobre la tierra, se elevaba á Dios en la contemplacion de sus infinitas grandezas; de modo que se olvidaba de lo necesario para la vida, quedando á veces, cuando se vestia, enajenado de tal manera, que con los ojos abiertos y fijos en el cielo permanecia un largo rato. Erale mas fácil el elevar su corazon á Dios, que á los mundanos el pensar en las cosas de la tierra, por lo que si andaba, si estaba parado, ó bien hablaba, ó hacia cualquiera otra cosa, tenia siempre elevado su pensamiento á Dios. Así pues aunque su cuarto estuviese siempre lleno de gente y se tratase de graves y diversos asuntos, él sin pensar en ellos alzaba los ojos y las manos al cielo, ó bien lanzaba hácia él suspiros de amor y fuego. Marchando por las calles mas concurridas de la ciudad necesitaba que los suyos le avisasen para que devolviera los saludos, porque su alma estaba elevada á las